



El Número

Andrés Ayala Nevárez

Llegó puntual a la cita, con una réplica de un vagón de Metro hecha de cartón bajo el brazo. La escondió entre los arbustos del jardín, entre las hojas secas.

Tocó la puerta. “Ella siempre tarda en abrir”, murmuró para sí, con la voz apenas un susurro.

—Pase —dijo ella desde adentro, con un tono seco que ya conocía bien.

Él tomó su lugar en el sillón de siempre,

frente a la ventana que dejaba ver un pedazo de cielo gris. Ella se sentó en su silla, con un cuaderno sobre las piernas.

El silencio se instaló entre ellos, pesado, casi sofocante. Él jugueteó con el borde de su corbata azul de cuadros negros, hasta que finalmente habló:

—Lo había visto antes, pero esta vez lo encontré de frente. Sentí un cosquilleo... un deseo de ser un vagabundo como él, pero no extraviado. Le pregunté su nombre.

“No tengo”, dijo, mientras empujaba un carrito de supermercado que desbordaba de cartones rotos, retazos de tela, latas abolladas, cordones sucios y listones de colores chillones. Avanzó unos metros, soltó el carrito y giró hacia mí. Soltó una carcajada que resonó en la entrada del Metro Z. “Pero puedes decirme Número... El 13”, dijo.

Hizo una pausa, con las manos temblando ligeramente. El silencio, ahora más hondo, parecía dolerle.

—¿Y? —preguntó ella, inclinándose apenas, con su pluma suspendida sobre el cuaderno.

Él respiró hondo, como si las palabras se le escaparan.

—El vagón del Metro estaba atiborrado, pero logré entrar y esperé a que arrancara. La réplica que me vendió el 13 no se mueve, no puedo meterme en ella... pero me gustan sus puertas plateadas, los faros rojos de un extremo. Le faltaron faros en el otro.

No sabe que en el Metro la cola puede ser frente. Me subí a un vagón limpio: puertas relucientes, asientos impecables, la gente oliendo a jabón. Pero la bolsa negra donde el 13 metió el tren anaranjado... esa no está limpia. Huele a grasa rancia, deja un residuo pegajoso en mis dedos. La gente husmea, frunce el ceño, busca el origen de ese olor. Yo llevo mi saco gris, mi camisa de rayas azuladas, mi corbata. Me las quito, sudando, pero nadie me mira. No miran la bolsa, ni la punta del vagón que asoma, sin faros rojos, porque el 13 no entiende cómo funciona un tren. Hace calor, el olor es insoportable, y el vagón no se mueve. Sigue detenido en la estación donde lo abordé, justo después de saludar al 13. Ahora soy un Número, pero no como él. La gente se cansa de ser alguien. Yo me cansé de ser alguien. Soy algo. Solo algo. No como el 13, que fabrica vagones en la entrada del Metro Z, riéndose del mundo.

Se detuvo, con la mirada perdida. Luego, en un susurro, añadió:

—Todo eso fue un sueño.

—Claro —dijo ella, cerrando su cuaderno con un movimiento preciso—. Lo espero en la próxima sesión.

Ella no vio cuando él dejó sobre la mesita, junto al pago, un llavero voluminoso. Lo invitó a salir con un gesto rápido. Él se despidió con un asentimiento, esperando a que la puerta se cerrara tras él.

Entonces caminó hacia los arbustos del jardín, recogió la réplica del vagón —cartón cubierto de plástico, adornado con papel oropel, pedazos de latón y trozos de hule espuma que simulaban neumáticos— y se alejó. Al pasar por un contenedor, arrojó sus credenciales y tarjetas a la basura, sin mirar atrás.

